

Hoefler á París, pero puesto que está en Mantua, mandad sobre la marcha que comparezca ante una comisión militar para que le juzgue y sea fusilado en el sitio mismo en donde le encuentre vuestra orden. Que todo esto sea cuestión de veinticuatro horas.»

Hoefler fué, en efecto, fusilado el día 25 de Febrero de 1810, y este es un crimen más que pesa sobre la memoria y tumba de Napoleon de todo el peso del monumento que el patriotismo elevó al intrépido guerrillero tirolés.

«En el momento mismo en que Hoefler caía en los fosos de Mantua, víctima de su adhesión por la casa de Austria, una grande y solemne reconciliación se esperaba entre el autor del asesinato y el que había beneficiado el sacrificio. El emperador de Austria Francisco, daba á su hija en matrimonio á Napoleon, sin que ni uno ni otro pareciesen sospechar hasta qué punto era de un mal augurio esta mancha de sangre en un contrato de boda.»

Ya se recordará cuán antiguo era en Napoleon su propósito de alianza con alguna de las grandes familias reales de Europa, y en Francia no hubo quien no adivinara, incluso la pobre Josefina, que su famosa ley del divorcio era una ley para Napoleon, y que al querer ensayarla éste en favor de Jerónimo, lo que hizo fué tantear el terreno para llevar al Papa otro día á dictar una sentencia en su favor. En Erfurt, como hemos dicho, se atrevió ya á pedir á Alejandro la mano de su hermana, así como antes había indicado deseos de casarse con una infanta de España, ahora que se creía más fuerte que nunca volvía á la carga con un enemigo vencido y humillado, de quien creía poder arrancar mediante protestas de restauraciones imposibles una concesión que en ningún tiempo hubiese podido arrancar de casa alguna soberana de Europa fuera de la de Austria, desde hacía tanto tiempo presa de una política incierta y de una debilidad interior que mataba todas sus energías.

Napoleon apenas llegó á Fontainebleau á su regreso de Viena, —26 de Octubre de 1809,—á donde tenía convocada toda su corte para la gran recepción de su vanidad, le expuso á Cambaceres sus pretensiones y sus deseos, pero le habló de ello con tanta infatuación y seguridad que el astuto político no lo olvidó nunca, y lo dejó escrito en sus memorias. Napoleon no veía en sus pretensiones imposibilidad alguna, Cambaceres no se atrevió sino á recordar á Napoleon cuán grande era la popularidad de Josefina, pues tan pronto vió la resolución firme de su amo en no ceder, cedió él como

de costumbre á sus exigencias por inmoderadas que fueran.

Josefina también había acudido á Fontainebleau, llamada por la carta del más apasionado de los maridos, pero ya en su presencia notó la frialdad de Napoleon y lo contrariado que se sentía en su presencia, descubriendo luégo que se había cerrado la puerta de comunicación que unía la cámara de Napoleon con la suya. Desde este momento vió clara su situación, y se dispuso á afrontarla con serenidad y dignidad, tanto más cuanto que los hermanos y hermanas de Napoleon, que parecían estar en el secreto, querían al parecer humillarla con sus desdenes y su actitud. Napoleon no le dijo, sin embargo, cosa alguna en Fontainebleau, y la corte se trasladó á París, —15 de Noviembre.— Quince días más tarde Napoleon, en una entrevista secreta, reveló á Josefina su decisión. Bausset, prefecto de palacio, que nos ha conservado tantas intimidades de estos días, dice que oyó á la emperatriz llorar y desesperarse, que luégo el emperador le llamó para trasladar á Josefina á su cuarto presa de un desmayo, pero que notó que este desmayo era fingido, si bien su dolor era real y verdadero. Lo que no pudo saber entonces Josefina era que su esposo hacía ya ocho días que había pedido por medio de Champagny al emperador Alejandro la mano de su hermana.

Después de la paz de Viena de sobras comprendía Napoleon que tenía en puerta una guerra con Rusia, y aunque ofreció á ésta borrar del mapa hasta el nombre de Polonia, Alejandro si bien se dispuso para aprovecharse de la falsa posición de Napoleon, en ningún modo sentía ya por su veracidad y lealtad la menor estima. ¿Pidiendo ahora nuevamente á Napoleon la mano de una princesa rusa, petición ya antes desechada, quería Napoleon tranquilizar á Rusia y asegurarse su alianza? Imposible parece que hombre tan ladino pudiera creer que, después de los descalabros sufridos en España y de los semi-descalabros experimentados en Austria, estuviera en situación de exigir de Rusia ahora lo que no se le había concedido en Erfurt. En suma, el caso fué, que Napoleon escribió á Caulaincourt, —22 de Noviembre de 1809,—para que pidiera para él al tsar la mano de la princesa Ana, dándole dos días para que resolviera.

Napoleon daba de barato el punto grave de la disolución de su matrimonio con Josefina, y esto que siendo su prisionero el Papa tenía motivos sobrados para pensar que había de encontrar serias resistencias, pues no había de pesar en la concien-

cia del Papa el caso de Napoleon menos que el caso del rey Jerónimo. El emperador hubo en esta ocasión de maldecir su debilidad cuando la consagración uniéndose, para facilitarla, religiosamente con Josefina. El cardenal Fesch, el tío de Napoleon, fué quien entonces bendijo el enlace.

Mientras Napoleon preparaba todo lo necesario para sus nuevas bodas, su alma cruel é inhumana impuso á la pobre Josefina los más crueles tormentos, pues no sólo se la obligaba á que se mostrase contenta y satisfecha, sino que se llevó la crueldad hasta el punto de que asistiera á las fiestas conmemorativas de su coronación, —2 de Diciembre,—haciéndola representar el papel de emperatriz hasta el último momento. En fin, el 15 de Diciembre se puso término á tan desconsolador espectáculo celebrándose un gran consejo de familia en la que expuso Napoleon las razones «políticas» de su divorcio, al cual daba Josefina su consentimiento, pero la fórmula que se había redactado al efecto, no pudo leerla la infeliz ahogada por los sollozos, y fué Regnault de Saint-Jean d'Angély quien la leyó constanding la confirmación de Josefina por un simple movimiento de cabeza. Al otro día se dió cuenta al Senado de lo ocurrido, un *senatus consulto* declaró abolido el matrimonio, conservando, empero, Josefina su título y su rango, y una pensión de dos millones que debía pagar el Estado, á la que agregaba Napoleon otro millón de su lista civil.

Estos tristes sucesos tuvieron un epílogo que para siempre jamás será un estigma para el príncipe Eugenio. Este en el primer momento quiso renunciar á todo lo que debía á Napoleon y seguir á su madre en el retiro, pero no sólo se dejó convencer, sino que se presentó ante el Senado á declarar que veía con satisfacción y orgullo el sacrificio que hacía su madre á la patria y al emperador. No, pues, sin razón, Napoleon menospreciaba á cuantos hombres le rodeaban, pues en todos no encontraba más que baja y humillación, llevando el servilismo á su colmo el Senado, quien por boca de Lacedpede, tan gran naturalista como cortesano, sublimó la conducta de Napoleon por su acto indudablemente el más inhumano.

La disolución del lazo religioso se perseguía, en tanto, de una manera que acredita la absolutividad del despotismo napoleónico. En vez de ir directamente al Papa y procurar ganarle de un modo ú otro, se entabló la cuestión delante del tribunal diocesano, sosteniendo que el matrimonio religioso era nulo porque Napoleon no hizo más que dar un simulacro de consentimiento, lo que autorizaban como

testigos el ex-obispo Talleyrand, Duroc y Berthier. Aún cuando el que ofició ó se supuso officiar era el cardenal Fesch, se sostenía que en vigor no había habido sacerdote oficiante, de modo que ahora se confesaba que se había engañado á todo el mundo, á Josefina, al Papa, al cardenal. Pero aún hubo más; en vista de que la curia parisién mantenía su opinión de que era incompetente y que era al Papa á quien había de dirigirse el emperador, éste arrancó á siete obispos una consulta en la que éstos declaraban competente el tribunal diocesano. Sin embargo nos engañaríamos si creyéramos que las resistencias de la curia parisién nacían de su celo religioso, y de su respeto por los santos sacramentos. Lo que les hacía negarse era el deseo de quedar bien con todo el mundo, lo mismo con el Papa que con el emperador, por esto viendo que el Papa no intervenía resueltamente, como si también dejara á los otros la responsabilidad de lo que debía fatalmente hacerse, porque lo quería el emperador, dió fin sentencia, y el mes de Enero de 1810 presenció el inaudito escándalo de la anulación del matrimonio de Josefina, por cuanto se le arrancó por fuerza á Napoleon su consentimiento. ¡Vaya que menor! exclama Lanfrey con razón. La repudiada Josefina se retiró á la Malmaison, en donde murió de pena pocos años después y Napoleon se retiró á cazar al Trianon en donde esperaba impaciente el resultado de la misión confiada á Caulaincourt.

El general diplomático había formulado en toda regla la petición de su amo el día 28 de Diciembre de 1809. Alejandro vió en ella, naturalmente, el pago del consentimiento de Napoleon de borrar hasta de la memoria de los hombres el nombre de Polonia.

Debatíase entonces esta cuestión entre los representantes de los dos emperadores. Alejandro reclamaba: 1.º, que Napoleon se comprometiera formalmente y recíprocamente en no consentir jamás el restablecimiento de Polonia; 2.º, en la supresión de los nombres de Polonia y poloneses en todos los actos públicos y privados; 3.º, en la supresión de todas las antiguas órdenes de Polonia y de toda autonomía del ducado de Varsovia. Esto era lo que se discutía entre Napoleon y Alejandro, en recompensa de los sacrificios hechos por Polonia cuando la campaña de Wagram, y por los que estaba haciendo en España.

Alejandro, pues, al encontrarse enfrente de la inesperada petición de la mano de su hermana, comprendió á donde se le quería llevar y como no era menos hábil y sagaz que Napoleon le respondió á Caulaincourt que hablaría con mucho gusto de

ello á su madre, á quien estaba reservado por un ukase del emperador Pablo su padre, el disponer de sus hijas. Presentábase, pues, la cuestión entre los dos emperadores, al parecer, en un terreno brutal. ¿Se firma la convención sobre Polonia? hay matrimonio. ¿No se firma? pues no hay casamiento. Napoleón que comprendió que en este terreno podía plantearse la cuestión, le había dado orden á Caulaincourt para que firmase todo lo que le pidieran sobre Polonia reservando su ratificación, como si

Alejandro no hubiera debido comprender que esta reserva anulaba por completo la firma de Caulaincourt.

Hasta qué punto pudo creer Napoleón que Alejandro caería en el lazo que le tendía, se ha discutido mucho á propósito de su casamiento con la austriaca. Los orígenes de este singular matrimonio se remontan al 15 de Diciembre de 1809, fecha de la última fiesta ó ceremonia presidida por la emperatriz Josefina en las Tullerías. Un secretario de la



MARÍA LUISA

embajada austriaca, Floret, en conversación con Lemouville, le manifestó el disgusto de Austria por el proyectado enlace con una princesa rusa y lo dispuesta que estaba Austria en dar una de las suyas si se la hubiere pedido. Lemonville habló de ello inmediatamente al duque de Bassano, esto es, á Maret, y éste, naturalmente, no perdió tiempo en contárselo á Napoleón. Este acababa precisamente de saber por conducto de Narbonne, á la sazón de paso en Viena, esta singular disposición de espíritu de la corte de Austria. Convencido, pues, de que no se le tendía un lazo y deseo de poner una segunda cuerda en su arco por lo que suceder pudiera, encargó á Maret con el mayor secreto que hablara de ello al príncipe de Schwarzenberg embajador de Austria.

Dicho se está que Napoleón comprendía de

sobras que Austria no podía ofrecerle una princesa suya sino por la cuenta que podía traerle, no por devoción ni por amistad por el hombre que tanto daño le había causado. Pero la alianza de Napoleón con Rusia hacía omnipotente á Napoleón á lo menos por todo el tiempo que durasen las buenas relaciones entre los dos cuñados, y Austria había de renunciar á su soñada venganza y reconstitución. Luego podía dar por perdida aquella parte de Polonia que sólo había cedido con la esperanza de indisponer á Napoleón con Rusia, de modo que quedaba desmembrada y arruinada para siempre.

La alianza con Austria le imponía, naturalmente, á Napoleón el tener que hacerle concesiones, y esto no podía ser de su agrado, pues su rapacidad era tan grande como su ambición. En cambio su alianza con Rusia sólo le imponía el sacrificio de Polonia

que nunca le había inspirado simpatías. Además, unido con Rusia tenía carta blanca para hacer cuanto se le antojara, y si bien la alianza con Austria le hacía fuerte y temible no era cosa de contar que Austria sacase la espada á medida de sus conveniencias. Por todo esto fué trabajando la cosa con Rusia como hemos visto, con ánimo resuelto de llegar á un buen resultado. Mas tan pronto descubrió los recelos y desconfianzas de Alejandro, comprendió que no obtendría la mano de la princesa

Ana sin dar primero satisfacción completa al emperador de Rusia y desde este momento dió orden para que se activase su matrimonio con María Luísa. En esto como en todo, procedió de la manera atropellada de siempre. Resuelto ya á casarse con una austriaca él, intimó á Alejandro un plazo de diez días, dentro del cual debía resolverse, lo que era por demás injurioso en asuntos de esta clase, cuando era necesario vencer las repugnancias patrióticas y religiosas de una madre y de una nación, y cuan-



DE NARBONNE



do la princesa Ana no era aún nubil. Pero no era esto solo, seguro ya del rompimiento, mientras exigía una contestación perentoria de Rusia, daba orden para que se redactara el contrato de boda con la austriaca, contrato que se firmó al día siguiente de llegar no la respuesta negativa de Alejandro, sino su respuesta evasiva.

Enterado Alejandro de todo, se venga en Caulaincourt de Napoleón, mostrándose impueto de todas sus perfidias y deslealtades, pero sin mostrar por esto el menor despecho, antes al contrario, celebrando una alianza que era una garantía para la paz de Europa. Y á fin de disipar todo temor, le dijo al general francés: «Yo no atacaré á nadie, pero si se me busca me encontrarán.»

Dicho se está que el mismo día 6 de Febrero de 1810, esto es, el mismo día en que supo la negativa de Rusia, hizo saber Napoleón á Caulain-

court que desaprobaba por completo todos y cada uno de los artículos de la Convención sobre Polonia, convención que declaró «contraria á su dignidad, absurda y ridícula.» Esta nueva injuria hecha á Rusia había, naturalmente, de producir tarde ó temprano sus resultados, pero Alejandro, que ya esperaba este resultado, oyó con desdén la comunicación del embajador francés, dejando su respuesta para el porvenir. De modo que cuando en París se celebraba con loco entusiasmo la alianza de Francia y Austria como principio de una Era de paz, asomaba en Oriente una negra nube apenas perceptible que había de producir dentro poco tiempo tempestades tan terribles como las que cruzaban la península Ibérica de uno á otro confín.

El día 3 de Abril de 1810 se celebraba el matrimonio de Napoleón con María Luísa conforme al ceremonial del antiguo régimen. Más aún, se pro-